

una copa o la madre que derrama la sopa).

Debe fomentarse la risa del niño, ya que ese cascabeleo creará en él el hábito de reír, el mejor acompañante ulterior en la lucha amarga por la vida. Pues la línea blanca de la risa es un marcador de felicidad.

Análogamente existe un desarrollo gradual para el llanto, que es en un principio un fenómeno físico desprovisto de toda significación moral. El lloriqueo puede producirse, como afirmó Darwin, fuera de toda emoción; por una contracción de los músculos oculares extrínsecos que active la excreción lagrimal. Las primeras lágrimas no brotan hasta el final del primer mes, cuando se ha desarrollado el saco lagrimal.

La evolución del significado del llanto puede sintetizarse, diciendo que expresa en un comienzo el dolor físico, después traduce otras emociones (cólera, tristeza), y por fin el dolor moral.

Agréganse a las lágrimas la actitud correspondiente en la escala de la expresividad emotiva infantil o sea, relajación muscular, gritos, depresión de las comisuras bucales, fruncimiento de cejas, etc., con las que expresa el niño su desconsuelo.

¿Ríe o llora el niño —ser de extraordinaria variación afectiva—, puramente por instinto de imitación como han pretendido algunos autores? Para responder a esta pregunta habría que observar niños criados fuera de la proximidad de otra persona que la del observador, en el campo —a lo Juan Jacobo y con esa educación negativa en la que fué educado Emilio—, abandonados a sus tendencias, sin mimos, pero sin azotes. Esos trágicos azotes como los que a la edad de siete años fueron propinados a Rousseau el día que aparecieron rotas las púas del peine de la señorita Lamercier, y que hicieron de él para toda su vida un desgraciado masoquista, que se gozaba en su propio sufrimiento. Azotes que torcieron el rumbo de su vida, como lo torció en otro sentido aquel canto de una alondra, que oyó un día en los linderos del bosque.

Rousseau y su Emilio vivieron después una bella utopía, con la que pretendió desquitarse de su desgraciada infancia. Porque el pobre Juan Jacobo no tuvo madre. Y su Emilio traduce ideales ensoñados por él muchas veces y que no pudiendo ser vividos en la realidad, tuvo que realizar en el mundo amable del Arte.

Posee, pues, el niño, una desenfadada expresividad para sus emociones que no pretende ni puede ocultar. La ostenta en toda su orgullosa expresividad, con la misma limpieza deportiva con que esos niños que acompañaban al filósofo español por tierras de Castilla, corrían y jugaban por el paisaje torvo y ceñudo, haciendo de las rocas atroces un magnífico juguete. «Envidia, espanto, sobrecogimiento —dice Ortega y Gasset—, inspiran la fuerza vital del niño, que tiene fauces gigantes, se traga los paisajes y las angustias mayores alegremente y con un gesto de divina elegancia, toma en su mano estas enormes piedras cardenas y fabrica con ellas un juguete delgado».

Muestra el niño ante los más graves acontecimientos su serenidad alegre, un poco egoísta, a su debilidad física correspondería el deber señalado por Marañón para la niñez: la obediencia; como podrá permitirse el lujo de ser rebelde en la juventud, cuando la inquietud espiritual asiente sobre una vigorosa base física. Pero la realidad es otra del deber. Y el niño es un rebelde. Y mala señal si no lo es.

Plagados están los libros de Psiquiatría infantil de los pequeños psicópatas, esos niños por lo general quietos y envejecidos prematuramente, serios y reflexivos.

En el niño es insuficiente la palabra para traducir el vuelo de sus estados emotivos. Por eso se vale de su mímica saltarina y sus actitudes elásticas, para esculpir con su cuerpo ágil en el espacio, la rúbrica de sus más íntimas emociones. El cuerpo infantil es un espejo plástico que refleja en cada gesto corporal con fidelidad maravillosa, la emoción motivadora. El verbo se hizo carne. Y se hizo carne de niño.